

JAVIER GÓMEZ CALVO: *Matar, purgar, sanar. La represión franquista en Álava (1936-1945)*, Madrid, Tecnos, 2014, 384 págs.

A cubierto de la oleada de *memoria histórica* que inundó nuestro país desde los inicios del siglo XXI, los estudios sobre la represión franquista durante la guerra y la posguerra han proliferado en la historiografía española. La senda la marcaron en la década de los ochenta del siglo anterior autores como Alberto Reig Tapia y Francisco Moreno Gómez (1), contando con las bendiciones de algunos popes del gremio, como Manuel Tuñón de Lara o Herbert Southworth en su día, o más recientemente Josep Fontana o Ángel Viñas. Tales autores se vieron seguidos luego en su esfuerzo por Michael Richards, Francisco Espinosa Maestre, Mirta Núñez Díaz-Balart, Ricard Vinyes y, por supuesto, Paul Preston (2), amén de otros muchos historiadores más jóvenes, por lo general circunscritos a estudios locales o regionales.

Aunque de todo hay en la viña del señor, los mencionados y otros cuantos no citados comparten una visión de la represión franquista muy similar, cuyos contenidos podríamos englobar en lo que el autor del libro aquí comentado define como *exterminismo*, esto es, la consideración de que la violencia de los sublevados en la Guerra Civil se ajustó a prácticas abiertamente genocidas (*el holocausto español*, en palabras de Preston, que en la versión inglesa de su libro no dudó en incorporar el término «Inquisition» en el subtítulo con el fin de conferirle un sentido aún más apocalíptico a la cuestión). Tales prácticas habrían estado dirigidas a borrar literalmente del mapa a los enemigos del orden social tradicional, la religión católica y la nación, incuestionablemente —escribe, por ejemplo, Moreno Gómez— «demócratas» en su totalidad (3) (republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas y nacionalistas periféricos). De acuerdo con tal explicación, desde mucho antes del estallido de la guerra los conspiradores antirrepublicanos habrían trazado un plan de aniquilación frío y pormenorizado para cubrir sus objetivos de forma implacable, eficaz y rápida, sin reparar en los brutales costes humanos que eso le podría acarrear al país. Las famosas instrucciones del general Emilio Mola Vidal, que circularon secretamente entre los golpistas durante la primavera de 1936, ilustrarían esas intenciones extermina-

(1) Cf. A. REIG TAPIA, *Ideología e historia. Sobre la represión franquista y la guerra civil*, Madrid, Akal, 1985; F. MORENO GÓMEZ, *La guerra civil en Córdoba (1936-1939)*, Madrid, Alpuerto, 1985.

(2) Cf. M. RICHARDS, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999; M. NÚÑEZ DÍAZ-BALART, *Consejo de guerra. Los fusilamientos en el Madrid de la posguerra (1939-1945)*, Madrid, Compañía Literaria, 1997; F. ESPINOSA MAESTRE (ed.), *Violencia roja y azul: España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010; R. VINYES, *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*, Barcelona, RBA, 2009; P. Preston, *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Madrid, Debate, 2011.

(3) F. MORENO GÓMEZ, *1936. El genocidio franquista en Córdoba*, Barcelona, Crítica, 2008 e Id.: *La victoria sangrienta, 1939-1945*, Madrid, Editorial Alpuerto, 2014.

doras. Este razonamiento, sin embargo, entre otros muchos aspectos discutibles oculta un dato fundamental: el hecho de que las citadas instrucciones en la zona sublevada se hicieran ya públicas, cuando menos, en 1938 (4). ¿Qué siniestra vocación aniquiladora era esa cuyos artífices la propagaron a los cuatro vientos apenas dos años después de estallar la guerra? ¿Es factible imaginar a Stalin y sus lacayos aireando al poco de ocurrir las siniestras directrices que provocaron la hambruna, las deportaciones y el asesinato en masa de millones de *kulaks* en la Ucrania de 1932-1934? ¿Por qué no se mostraron igual de explícitos que los sublevados españoles los líderes nazis que acordaron la *Solución Final* en la conferencia de Wannsee de enero de 1942? ¿Acaso las famosas instrucciones de Mola no respondían más bien a una lógica golpista típicamente militar dirigida a paralizar de inmediato al enemigo para asegurarse la victoria y reducir al mínimo las víctimas propias?

Si se prescinde de las estridencias y se aparca un momento la pasión ideológica, lo honesto es reconocer que las evidencias documentales para afirmar la tesis del exterminio son escasas y poco convincentes, por muy sangrientas y terribles que fueran –y sin duda lo fueron– las matanzas provocadas por aquellos que se alzaron contra la legalidad republicana (matanzas que tuvieron su réplica inmediata, no menos sangrienta y horrenda, al otro lado del frente). De la misma forma, a poco que se cotejen los hechos y la cronología no parece que los contenidos del concepto genocidio se correspondan con el caso español. En la Guerra Civil de 1936-1939 lo más parecido al «exterminio o eliminación sistemática de un grupo social por motivo de raza, de etnia, de religión, de política o de nacionalidad» (*DRAE*) es lo que le ocurrió a la población religiosa en la retaguardia republicana. Para el resto de grupos sociales y políticos, sería más adecuada la utilización de términos como *limpieza selectiva*, *represión* o *politicidio* (5).

El problema de la interpretación *exterminista* no es la condena que se realiza del golpe del 18 de julio, de sus mentores y de la dictadura que vino después, cuestiones estas que cualquier historiador serio puede compartir a poco que se imbrique en una cosmovisión democrática de la realidad histórica, sin necesidad por ello de mitificar la muy conflictiva e inestable experiencia republicana anterior al contexto bélico. El problema es que esa interpretación no admite matices de ningún tipo. La construcción en blanco y negro que comporta encaja mal con las tonalidades cromáticas intermedias. No hay grises en el dibujo maniqueo de los polos interpuestos: *los buenos* (obviamente las corrientes identificadas –se supone– con la causa de la República) y *los malos* (los sectores integrantes de la «coalición reaccionaria» o, simplemente, «franquistas»). Par-

(4) Véase INO BERNARD, *Mola, mártir de España*, Granada, Editorial y Librería Prieto, 1938.

(5) Aunque muchos de los textos recogidos confunden más que aclaran, para estos debates conceptuales puede consultarse el dossier «De genocidios, holocaustos, exterminios. Sobre los procesos represivos en España durante la Guerra Civil y la Dictadura», *Hispania Nova*, n.º 10, 2012.

tiendo de una concepción idealizada y sacralizada de la República, así como de una visión monolítica y estática que demoniza sin ambages al bando sublevado, no ha de extrañar que se imponga el tremendismo al interpretar el fenómeno represivo. Como tampoco sorprende la inadecuada utilización de los conceptos básicos (genocidio, exterminio, holocausto...). Desde tales presupuestos esencialistas y dogmáticos, se entiende también que la reacción frente a los autores que se atreven a discrepar del paradigma en cuestión sean objeto de insultos y descalificaciones de todo tipo por parte de los que se han erigido en guardianes de la autoproclamada ortodoxia histórica pretendidamente *progresista*.

Afortunadamente para la historiografía española, hay voces disonantes que no aplican la exageración ni el tremendismo como método, sin por ello incurrir en el extremo contrario de resaltar la inevitabilidad del golpe de 1936 o restar importancia a la represión impulsada por los sublevados y la dictadura sangrienta que consiguieron imponer. Los mitos, las exageraciones y las distorsiones franquistas de la historia no deberían combatirse con mitos, exageraciones y distorsiones de signo opuesto. Se puede escribir historia desde una concepción negativa de la dictadura franquista y la defensa de los valores democráticos y pluralistas sin que ello comporte abandonar el rigor, la precisión conceptual, la seriedad en el tratamiento de las fuentes y los análisis complejos ajenos a todo maniqueísmo y a toda simplificación. Es más, resulta una condición obligada para preservar la disciplina en niveles de excelencia e impedir su instrumentalización con fines políticos espurios.

En este sentido, Javier Gómez Calvo cumple con creces tales objetivos en su magnífico libro, un estudio sobre la represión franquista en Álava que demuestra una madurez intelectual no muy habitual en autores tan jóvenes como él. Quizás no por casualidad este historiador se ha formado y ha crecido al amparo de la mejor historiografía vasca, cuyos mentores (Antonio Rivera, José Luis de la Granja, Luis Castells, Santi de Pablo, Javier Ugarte, José María Portillo, Félix Luengo o, entre otros muchos, José María Ortiz de Orruño), tampoco por casualidad, se sitúan en la vanguardia de la historiografía española. El hecho de haberse afirmado institucionalmente durante décadas en un contexto político endemoniado, conviviendo a diario con la omnipresencia del terrorismo y las pulsiones totalitarias auspiciadas por el nacionalismo radical, sin duda no son circunstancias ajenas a la lucidez y a la honestidad académica que definen al citado grupo. Máxime cuando se trata de estudiar con ponderación y mesura un fenómeno tan oscuro y repugnante como el de la violencia política.

Aferrado con fidelidad a un volumen impresionante de fuentes (una treintena larga de archivos y otros centros documentales, prensa y testimonios orales), Javier Gómez Calvo se aleja conscientemente de todo afán memorialista y combativo de cualquier signo. Pues su objetivo, como buen historiador, no es otro que «entender el ayer e interpretarlo», y no «deliberar y dictar sentencia con un mazo», de ahí que se resista a esgrimir «el lenguaje belicoso del militante», que lo considera ajeno a sus propósitos e intenciones. Esa posición no le

lleva a exculpar nada en la negra trayectoria de la dictadura franquista, como tampoco le hace aminorar el alcance brutal de la tragedia que, en último término, provocaron los sublevados de 1936. Desde un universo provincial muy particular, el autor sólo intenta comprender lo acontecido midiendo de forma precisa el alcance de la represión y la violencia generadas a la sombra de aquel desastre colectivo. Una represión que trasciende los hechos meramente sangrientos y que el autor detecta con acierto en otros muchos planos: la depuración profesional, la purga de funcionarios, la represión económica, la persecución de los maestros...

Las conclusiones de este estudio no pueden ser más gráficas, al tiempo que opuestas al paradigma militante al uso. Amén de otros muchos aspectos menores, pueden sintetizarse en cuatro proposiciones: 1) Partiendo del cuestionamiento de la existencia de un plan aniquilador previo por parte de los sublevados, se sostiene que el *exterminismo*, al tomar la parte por el todo, no sirve para explicar la represión franquista en la provincia de Álava; ni siquiera la persecución del nacionalismo vasco puede considerarse un etnicidio o un genocidio fruto de una guerra de conquista. 2) En el ejercicio de la violencia y la represión, resulta capital distinguir tiempos diferenciados, apreciándose una reducción paulatina de la violencia desde 1937 al hilo de la institucionalización de la misma (aquí hay una clara coincidencia con los estudios y datos aportados por Julius Ruiz para el conjunto nacional). 3) El franquismo no persiguió la aniquilación del enemigo, sino que, en pura lógica reaccionaria (de raíz más católica que fascista), lo que pretendió fue purgar, depurar y reprimir preventivamente y mirando al futuro. No en vano, la condena a muerte no fue la pena más impuesta y desde muy pronto se ejerció una masiva concesión de indultos y medidas de gracia, en particular más favorables a los nacionalistas vascos que a los republicanos o a la izquierda obrera. Ni siquiera el contexto de la Segunda Guerra Mundial ni el viraje de 1942 (con el alejamiento paulatino del régimen franquista del fascismo más radical) resultaron decisivos al respecto, pues esa relativa apertura hacia el enemigo, por mezquina que fuera, se manifestó mucho antes. 4) Hubo un hilo conductor entre la conflictividad de 1931-1936 y la incidencia de la represión durante la Guerra Civil en determinados pueblos (Laguardia, Elciego, Labastida, Añana...); por tanto, la historia posterior al 18 de julio no se halló al margen de las experiencias de confrontación previas al estallido de la guerra.

Siempre se podrá alegar, y no sin razón, que el caso de Álava fue muy peculiar, definido por unas cifras de muertos acarreados por la represión insurgente muy pequeñas en abierto contraste con muchas provincias españolas: 193 víctimas, claramente concentradas, además, en los primeros meses del conflicto (148 en 1936, 30 en 1937, 8 en 1938 y 7 más entre 1939 y 1945). Las motivaciones de esta incidencia relativamente baja de la muerte tal vez haya que rastrearlas en que la suya fue una sociedad más armónica que la media, pese a estar rodeada por provincias tradicionalmente muy conflictivas, que durante la gue-

rra también presentaron un grado de violencia muy acusado (Navarra, La Rioja, Zaragoza o Vizcaya). En este sentido, la larga y positiva sombra del *datismo* quizás aporte algunas claves (el liberal-conservador Eduardo Dato fue hasta su muerte en 1921 el jefe político del territorio). Pero también debieron influir otras circunstancias como el hecho de ser una provincia socialmente muy igualitaria y estable, dominada por los pequeños propietarios, con unas tasas de analfabetismo tres veces por debajo de la media nacional, sin grandes desigualdades de renta y culturalmente muy uniforme a partir de un abrumador monopolio de la cultura católica. Por no hablar de ese fenómeno conocido como «vitorianismo», una forma moderada de situarse en el mundo, una suerte de solidaridad comunitaria muy arraigada que trascendía las diferencias políticas y que irradiaba desde la capital al resto de la demarcación. La pregunta que se plantea de inmediato es obvia: cuántas otras provincias de España, a uno y otro lado del frente durante la guerra, y luego una vez concluida esta, podrían equipararse al caso alavés. La respuesta, en su caso, la dará la investigación futura. Sin duda, el libro de Javier Gómez Calvo ha abierto el camino.

Fernando del Rey Reguillo
Universidad Complutense de Madrid